

que á sus canónigos de abandonar sus casas, y deterrarse á sí mismos.

Tales eran las circunstancias y el estado del cisma, cuando Bernardo puso mano á la obra de extinguirle. Habia ya escrito al duque de Aquitania en nombre de Hugo, duque de Borgoña, todo cuanto puede decirse de mas enérgico contra las facciones cismáticas, y para imprimir en él el terror de los juicios de Dios sobre los Príncipes que hacen servir para la perdicion de los pueblos el poder que Dios les ha confiado para contenerlos, ante todas cosas, en el camino de la salud (1). Tambien habia hecho un viage á Aquitania, donde Guillelmo no habia podido resistir á la virtud y elocuencia del Santo; pero despues de su partida el primer seductor del Príncipe le precipitó en la recaída.

Habiendo llegado por segunda vez Bernardo á Aquitania con Gofredo de Chartres y algunos otros prelados, suplicaron á varias personas de autoridad que se empeñasen con el duque á fin de que les concediese una audiencia; y tanto le suplicaron, ó por mejor decir, el que convierte á su voluntad los corazones mas inflexibles dispuso de tal modo de aquel Príncipe intratable, que consintió con mucho gusto en lo que se le proponia. En la conferencia que se tuvo en Paternai, el discurso del legado y de su santo cooperador hicieron tanta impresion en el ánimo del duque, que manifestó poca repugnancia en reconocer á Inocencio por verdadero Gefe de la Iglesia;

(1) *Epist.* 137.

pero añadió que los obispos de su obediencia le habian ofendido demasiado para poner mano en su restablecimiento.

Como se insistiese fuertemente de una parte y otra sobre este artículo, y la negociacion se alargase con riesgo de no conseguir el fin como la primera vez, Bernardo recurriendo á otras armas fue á celebrar misa seguido de todos los que habian asistido á la conferencia (1). El duque y los demás cismáticos se quedaron á la puerta de la iglesia: hecha la consagracion y dada la paz, Bernardo animado de un fuego celestial que brillaba en sus ojos y en su aspecto, tomó en la mano la patena con el cuerpo de nuestro Señor, bajó á la puerta del lugar santo, y dijo al duque con una voz terrible: „os hemos hablado, y vos habeis despreciado á los siervos de Dios: he aquí el Hijo de Dios mismo, Gefe y Señor de esta Iglesia que destruis: he aquí vuestro Juez, aquel Juez formidable á cuyo nombre toda potencia dobla la rodilla en la mansion de la inmortalidad, igualmente que entre los débiles mortales.” Al oír estas palabras todos los asistentes se deshacian en lágrimas, y temblaban esperando lo que sucederia. El duque cayó en tierra como si le hubiese herido un rayo; y habiéndole levantado sus gentes volvió á caer inmediatamente, y sin mirar ni oír á ninguno daba profundos suspiros, y su boca echaba espuma como la de un epiléptico. El siervo de Dios, acercándosele mas, le tocó ligeramente con el pie, mandándole

(1) *Vit. lib. 2. cap. 6.*

que se levantase y escuchase las órdenes del Señor. El duque se levantó, y el Santo dijo: «ved ahí el obispo de Poitiers que habeis arrojado de su iglesia; reconciliaos con vuestro pastor, satisfaced á Dios y á los hombres, y dad al Papa Inocencio la obediencia que le da toda la Iglesia.» Entonces el duque corre al encuentro del obispo, le da el beso de paz, y quiere él mismo llevarle á Poitiers, donde poco despues le restableció efectivamente en su silla con aplauso de toda la ciudad. Despues del tono de imperio, tomando Bernardo el language de la dulzura y de la ternura paternal, exhortó al duque á no provocar mas la venganza del cielo, y á perseverar en las buenas disposiciones en que le dejaba. Guillelmo en efecto permaneció firme en la unidad católica, y reparó con obras de grande edificacion los escándalos que habia dado.

29. Por el mismo tiempo casó á su hermana Matilde con el Príncipe Ramiro, que fue sacado de la abadía de San Pons, donde estaba de monge despues de cuarenta años, para subir en el de 1134 al trono de Aragon, vacante por la muerte de su hermano Alfonso I llamado el Batallador (\*). Ramiro

(\*) Alfonso el Batallador murió despues de la accion de Fraga ocurrida en 17 de Julio de 1134. Desde que ajustó las paces por la mediacion de los obispos con Alfonso Ramon, Rey de Castilla, Leon y Galicia, proseguia ensanchando los límites de su reino de Aragon á costa de los mahometanos fronterizos. Quitóles la fortísima ciudad de Mequinenza, y pasó á sitiar á Fraga en la campaña de 1133; pero si bien estrechó el cerco, y causó innumerables pérdidas á los moros, no pudo en aquel año

se casó aunque era sacerdote despues de haber obtenido la dispensa necesaria, como nos lo aseguran los historiadores españoles, y lo confirma la continuacion de su vida virtuosa. Luego que se vió con una hija que pudiese heredar sus estados, la casó, aunque no tenia mas que tres años, con Raimundo IV conde de Barcelona, que se hallaba en edad de gobernar: despues abdicó la corona, y volvió á tomar su primera profesion. En vano se le ofrecieron los obispados de Barcelona y Tarragona; pues tambien sacrificó la mitra despues de la corona, y acabó sus dias en el monasterio (\*).

30. En la misma provincia y por el propio tiem-

rendir tan fuerte baluarte. A principios de la campaña siguiente se juntaron contra Alfonso los Príncipes moros de Lérida, Valencia, Murcia y aun de las Andalucías, proponiéndose forzarle á alzar el sitio de Fraga. Marcharon hácia la ciudad con un poderoso ejército, y acometieron á los cristianos con indecible furor el 17 de Julio. Peleóse por ambas partes con el mayor encarnizamiento; pero venció la muchedumbre de los moros, y desbarataron de todo punto á los cristianos. Murieron en la accion muchos obispos, prelados y generales de gran mérito; el Rey se vió precisado en su fuga á empeñar nueva lucha junto á Sariñena, donde derrotado el pequeño número de gente que le seguía, quedó muerto en el campo. Fue Alfonso I de Aragon, justiciero, piadoso, y muy religioso en sus años maduros. Sucedióle su hermano Ramiro II, llamado el monge, despues de haber sido abad de Sahagun, y obispo electo, primero de Burgos, despues de Pamplona, y últimamente de Roda y Barbastro. La Navarra se separó entonces de Aragon, y nombró por su Rey propio á D. García Ramirez, nieto del Rey D. Sancho.

(\*) Los historiadores de Aragon han dejado pocas memorias del Rey D. Ramiro. Trátanlo algunos de rudo en las armas, y

po, un señor del país llamado Ponce de Lavaza, dió un egeplo no menos heroico que el sacrificio de un reino (1). Despues de haber sido por mucho tiempo el terror de las ciudades inmediatas y el azote de toda la provincia, fue de repente tocado del temor de los juicios de Dios en términos que resolvió hacer una penitencia tan pública como lo habían sido sus escándalos, y mudó al instante de vida y de conducta. Sus antiguos amigos aprobadores y cómplices de sus desórdenes, fueron á verle con admiracion, y les habló con un semblante tan amoroso que conquistó á seis de ellos para el mismo género de vida que él se proponia abrazar.

Resolvió por el pronto vender todos sus bienes para distribuirlos en piadosas liberalidades, satisfaciendo tambien todas las obligaciones de justicia antes de abandonarse á los movimientos de su ardiente caridad. Hizo publicar la venta que habia resuelto, y reunió en dia convenido á los compradores de todas condiciones; y como era muy rico, pronto se agotaron los bolsillos antes que fuese todo vendido sin las cualidades necesarias para reinar en paz y guerra. Pero lo primero es notoriamente falso, y de lo segundo no hay prueba alguna, á no ser que se tome por el mejor Rey el mas guerrero y conquistador. Se le atribuye tambien haber dado la muerte á quince caballeros por los consejos del abad de Tomer; mas carece absolutamente de fundamento semejante inculpacion. Hizo la cesion de su corona á favor de su hija Doña Petronila en el año 1137, á los tres de su reinado y cincuenta y tres de edad. Vivió todavia en su retiro hasta el de 1147.

(1) *Miscell. Baluz. 3. pag. 205.*

do entonces declaró que por lo que quedaba recibiria en pago grano, ganado y todo lo que pudiese servir á los usos de la vida, y despues hizo notificar á todos los que tuviesen de que quejarse de sus robos y de sus injusticias, que se presentasen en Peguerolles en los tres primeros dias de la semana santa que estaba próxima.

El domingo de Ramos habiendo pasado á Lodeva, esperó que la procesion llegase á la plaza pública donde habia hecho levantar un tablado para predicar desde él un sermon al pueblo. Entonces se hizo conducir Ponce á aquel sitio con una cuerda al cuello y las espaldas desnudas, sobre las cuales los que le acompañaban iban descargando por su orden recios golpes con varas. Luego que llegó al sitio del tablado en donde el clero habia tomado puesto, subió á él, se postró á los pies del obispo, le presentó un papel en que habia escrito todos sus pecados, y le rogó que le leyese en presencia de todo el pueblo. El obispo quiso dispensarle de esta vergüenza; pero el penitente hizo tantas instancias, que al cabo fue necesario hacer la lectura. Todo el tiempo que duró ésta, que fue largo, hizo que le azotasen de nuevo con las varas, pidiendo continuamente que apretasen las manos, y confesándose culpable de todas aquellas iniquidades. La edificacion fue tan grande entre los asistentes, que todos se deshacian en lágrimas; y muchos á quienes la vergüenza habia cerrado la boca en las confesiones secretas, hicieron á su egeplo una generosa penitencia.

Al dia siguiente, término señalado para la reparacion de los daños que habia hecho Ponce, pasó éste á Peguerolles, y encontró un gran número de personas que esperaban restituciones de él. Cuando llegó, se postró á los pies de cada uno pidiéndole perdon; y despues les volvió en la misma especie lo que les habia tomado, dinero, efectos, ganado y frutos de toda clase; y ellos creyeron encontrar las mismas cosas que les habian faltado, de suerte que fue tan grande su júbilo como su admiracion; y el nombre de Ponce, que habia sido largo tiempo objeto de maldiciones públicas, fue pronunciado en adelante con entusiasmo. Como todo el mundo se volviese contento, y advirtiese Ponce que un aldeano no habia reclamado nada: „¿por qué, amigo mio, le preguntó, no me pides nada cuando ves que satisfago á todos? Yo, señor, respondió el aldeano, lejos de tener que reclamar contra vos, tengo muchos beneficios que agradecer, pues me habeis protegido siempre contra mis enemigos. ¿Y no te acuerdas, le dijo Ponce, de haber perdido en tal tiempo una noche todo tu rebaño? Pues yo fui quien te lo hice quitar.” El aldeano que apenas se acordaba de aquella pérdida, reparada mucho tiempo antes, no queria admitir el reintegro; pero Ponce le obligó á recibir otro rebaño.

Despues de esta obra de obligacion, distribuyó el resto de sus bienes á los pobres, y en la noche del jueves ó viernes santo salió con sus compañeros para una peregrinacion, no llevando cada uno mas

que un baston y un morral: primero fueron á San Guillen del Desierto, esto es, de Gellon; despues á Santiago de Galicia; volviéndose despues al monte de San Miguel, á San Martin de Tours, á San Marcial de Limoges, á San Leonardo en la misma provincia, y concluyendo su viage en Salvanés, lugar solitario de la diócesis de Lavaur, que les dió un señor llamado Arnaldo del Puente, el cual los recibió como ángeles bajados del cielo, pidiéndoles que escogiesen en su territorio, y diciéndoles sembrad, plantad, edificad donde mas os acomode; yo estoy contento con que rogueis por mí. Ellos eligieron el lugar mas áspero y mas inculto, todo herizado de abrojos y malezas, y construyeron en él miserables cabañas.

Hallándose el pais afligido de un hambre cruel, á pesar de su indigencia, proveyeron á la subsistencia de una infinidad de miserables, y los pobres corrieron de todas partes en número tan crecido, que aquellos tiernos solitarios viéndose ya sin medio alguno de socorrerlos, pensaron la mayor parte de ellos en huir, para no ver perecer los desgraciados á su vista; pero Ponce les dijo: „aquí hemos venido á combatir hasta el último suspiro, y no á ceder á los obstáculos: vendamos hasta las correas de nuestros zapatos para socorrer las necesidades de nuestros hermanos, y si es menester muramos tambien con ellos.” Habiendo llegado esta resolucion generosa á los oidos de Arnaldo del Puente, les envió en el momento trigo; y el Señor, ayudando su caridad de un modo mara-

viloso, hizo que aquellos granos insuficientes con mucho á la grande escasez, se multiplicasen de tal modo entre sus manos que fueron bastantes para mantener á todos los necesitados hasta la cosecha.

Su caridad y todas sus virtudes les atrajeron un gran número de compañeros, que formaron con Ponce el desiguio de abrazar alguna observancia regular. Tratóse desde luego de elegir entre el instituto de la Cartuja y el del Cistér, los mas perfectos de que tenían noticia, y para asegurarse fue Ponce á consultar á los cartujos; pero estos dignos religiosos fueron tan modestos, que le aconsejaron que se determinase por el Cistér, como efectivamente se verificó; y así es como aquel orden mas famoso de dia en dia adquirió en el año de 1136 la abadía de Salvanés, de que Ademaro, discípulo de Ponce de Lavaza, fue primer abad, pues él no quiso tener otra clase que la de hermano lego, teniéndose todavía por muy honrado en servir á los servidores de Jesucristo en los oficios mas bajos.

31. El cisma de Aquitania no quedó enteramente estinguido por la conversion del duque Guillelmo, pues Gerardo de Angulema persistió obstinadamente en él hasta la muerte; pero en su obstinacion repitió el egemplo de la mayor parte de los seductores, y dió tambien una prueba formidable de la severidad de los juicios de Dios para con los hombres inicuos, tan diestros en sembrar el contagio, como poco dispuestos á repararle. Algun tiempo despues de la reunion de su provincia, se le encontró muerto en su

cama sin haber dado ninguna señal de penitencia. Sus sobrinos, á quienes habia enriquecido á espensas de la iglesia, le hicieron enterrar en sagrado; pero el legado Gofredo de Chartres le hizo desenterrar, y despojó tambien á sus sobrinos de las dignidades eclesiásticas de que los habia revestido aquel prelado, que sin la ambicion, la avaricia y el cisma en que sus pasiones desmascaradas por fin le habian precipitado, habria dejado despues de su muerte la reputacion de uno de los obispos mas grandes de su tiempo. Gofredo de Chartres dió en su legacion pruebas admirables de desinterés. Todo el tiempo que aquella duró, esto es, en los continuos viages que hizo por muchos años, vivía á sus espensas, y no recibió regalo alguno; llegando hasta tal extremo esta delicadeza, que habiéndole llevado un sacerdote un esturion, no le quiso recibir hasta que obligó al sacerdote á recibir confuso su precio.

32. San Bernardo, creyéndose por fin tranquilo en su claustro, volvió á emprender con gusto enteramente nuevo la composicion de aquellos piadosos y sabios escritos que le han merecido el título de padre de la Iglesia. Á ruegos de diferentes amigos del primer orden, habia trabajado ya sobre las obligaciones sublimes del obispado, sobre las materias de la gracia y del libre albedrío, y sobre la unidad de la Iglesia y los peligros del cisma. Sus respuestas á las cartas que se le dirigian de todas partes, eran además otros tantos luminosos tratados sobre las preguntas mas espinosas. Entonces compuso sobre el Cántico